



Jugando entre las ruedas de la Fortuna. Una lectura maquiaveliana de Julio César

Amongst Fortune's Wheel: A Machiavellian Reading of Julius Cesar

AGUSTÍN TORNATORE¹

Resumen: El siguiente artículo propone realizar un análisis comparativo de las obras *Julio César* de William Shakespeare y *El príncipe* de Nicolás Maquiavelo, con el fin de señalar elementos de la matriz maquiaveliana presentes en dicha tragedia shakespeariana. Para ello, utilizaremos como marco teórico los conceptos de fortuna, *virtù* y cosa política presentados en *El príncipe*. El objetivo principal es indagar y destacar las decisiones, tensiones y fracasos de los personajes de *Julio César* de acuerdo a la terminología política maquiaveliana. Dicho abordaje nos permite releer la obra shakesperiana como una reflexión trágica sobre la incapacidad de adaptar o mantener ciertos ideales clásicos —en este caso, los de la República romana— frente a un nuevo orden político que comienza a entreverse—el Imperio romano—. Además de esta breve introducción, el trabajo consta de cuatro apartados: una exposición conceptual de la fortuna, la *virtù* y la cosa política, como marco teórico; un análisis del personaje de Marco Bruto a la luz de estos conceptos, un contraste entre las figuras de Antonio y Casio como alternativas políticas al inadecuado accionar de Bruto y, por último, una conclusión en torno a la política y la tragedia.

Palabras Clave: Fortuna; República; Política; Tragedia; Julio César.

Abstract: This article offers a comparative analysis of William Shakespeare's *Julius Caesar* and Niccolò Machiavelli's *The Prince*, exploring the Machiavellian framework embedded within this Shakespearean tragedy. Drawing on the concepts of fortune, *virtù*, and the political realm as presented in *The Prince*, the article examines how the characters' decisions, tensions, and failures unfold according to Machiavellian political thinking. This approach reveals the play as a tragic meditation on the impossibility of preserving or adapting certain classical ideals—specifically those of the Roman Republic—when confronted with an emerging new political order: the Roman Empire. Beyond this introduction, the work comprises four sections: a conceptual exploration of fortune, *virtù*, and the political realm as our theoretical framework; an analysis of Marcus Brutus's character in light of these concepts; a comparison between Anthony and Cassius as political alternatives to Brutus's flawed course of action; and finally, concluding thoughts on the relationship between politics and tragedy.

Keywords: Fortune; Republic; Politics; Tragedy; Julius Caesar.

Cómo citar: Tornatore, A. (2025). Jugando entre las ruedas de la Fortuna. Una lectura maquiaveliana de Julio César. *Cuadernos Filosóficos*, 22.

Publicado bajo licencia Creative Commons Atribución-SinDerivadas 4.0 Internacional [CC BY-ND 4.0]



Fecha de recepción: 02/03/25
Fecha de aprobación: 21/11/25

¹ UNR.

ORCID ID: <https://orcid.org/0009-0008-2980-0294>. atornatore.fil@gmail.com

I. Marco teórico: fortuna, virtù y cosa política en Maquiavelo

Nicolás Maquiavelo escribe *El príncipe*, su obra más representativa, en el año 1513, que tomaremos como punto de partida en este artículo para el análisis de *Julio César*, obra de William Shakespeare, escrita en 1599. Es preciso ahondar en el contexto histórico y político al momento de la escritura del primer texto, ya que, como daremos cuenta más adelante, será asimilable al de la tragedia shakespeariana.

Desde finales del siglo XV hasta mediados del siglo XVI, dos de las dinastías más poderosas de europa, la corona francesa y la corona española, se disputaban y reclamaban su soberanía sobre los Estados italianos (Cfr. Ortega Calvo, 2024, p. 5). En 1498, con 29 años, luego de ser testigos del nacimiento de la república en Italia, Maquiavelo asume un cargo como secretario de la Segunda Cancillería. En 1512, los Medici,² luego de ser exiliados, retornan a Florencia y Maquiavelo queda revocado de este cargo y es enviado a la cárcel por presunta conjura contra el régimen. Comprobada su inocencia un año después, en 1513, queda libre y se retira a Percussina, donde escribirá no solo *El príncipe* sino otras obras cruciales como *Discursos sobre la primera década de Tito Livio y Del arte de la guerra*. Dada la situación política y militar de Italia que Maquiavelo experimentó directamente, pues como secretario de la Segunda Cancillería lo habían enviado a realizar misiones dentro y fuera del país, *El príncipe* evidencia con claridad “la relación crítica entre las repúblicas y un momento histórico determinado, en el cual son polemizados el orden jerárquico del universo y su continuidad” (Arellano, 2012, p. 38). Es precisamente este cuestionamiento del orden actual del mundo lo que sucederá en la tragedia shakespeariana que, al situarse en medio del proceso de transición de la República al Imperio, narra el peligro que corre el funcionamiento y la estabilidad política de Roma.

Ante la debilidad de su tiempo político y la particularidad de una Italia sin forma, distendida, sin cohesión ni coherencia política, Maquiavelo rescata en su obra la figura de la fortuna, a la cual dedica específicamente el capítulo XXV de *El príncipe* —aunque podemos rastrear el concepto a lo largo de todo el texto—, que comienza de la siguiente manera:

No se me oculta que muchos han tenido y tienen la opinión de que las cosas del mundo están así gobernadas por la fortuna y por Dios, de modo que los hombres con su prudencia no pueden corregirlas y, más aún, ellas no tienen

² “Dinastía que ejerció el control político de Florencia durante el Renacimiento” (Ortega Calvo, 2024, p. 8).

remedio alguno (Maquiavelo, 2019, p. 167).

Aquí el autor hace alusión a una concepción de la fortuna anterior a la que él desarrollará luego, vigente hasta ese entonces: la fortuna como algo fatídico, insondable, caprichoso, que se nos escapa de las manos, siendo la sumisión la única salida posible ante su comportamiento incontrolable.

La fuerte presencia de la fortuna en el Renacimiento es parcialmente explicable a partir del debilitamiento del concepto de providencia y de la emergencia de un pensamiento básicamente historicista [...] que tiende a interpretar el mundo eliminando o marginando los elementos providencialísticos de la tradición cristiana (Forte Monge, 2011, p. LXXXIX).

Maquiavelo romperá con esta antigua definición de la fortuna, al plantear que esta, en cuanto agente y determinante histórico, solo “es árbitro de la mitad de nuestras acciones, pero que también ella incluso nos deja gobernar a nosotros la otra mitad, o casi la otra mitad” (Maquiavelo, 2019, p. 167). De esta forma, el escritor florentino marca el inicio de la concepción de la historia como efecto de la acción, interponiendo la capacidad de actuar del hombre ante las circunstancias de los tiempos. Así, el concepto y la definición de la fortuna son reformulados. Tal y como expresa Eduardo Rinesi:

No solo no somos ya los esclavos o los títeres de la Fortuna, no solo podemos enfrentarla y eventualmente dominarla sino que podemos asegurar que ella no existe sino como una creencia nuestra. Que la Fortuna no tiene ningún lugar en el campo de las fuerzas “objetivas” o “reales” en el que se juega el destino de nuestros planes sobre el mundo, y que solo puede gobernar nuestras vidas en la medida en que nosotros pensemos que puede hacerlo (2011, p. 45, el énfasis es del autor).

Este aspecto era irreconciliable en el pasado, dada la primacía de la moralidad cristiana,³ por lo que la figura de la fortuna, colmada de augurios fatídicos en la Antigüedad, comienza a parecer más flexible, moldeable e incluso un factor determinante sólo en la medida en la que el hombre de acción lo decida, pues ya no se encuentra a la espera de los designios que la fortuna le ha preparado.

Ahora bien, esta potencialidad del hombre como mediador y actor de y en los tiempos políticos e históricos, se configura en Maquiavelo a partir del término *virtù*. Para explicarlo,

³ La moral ordinaria (la moral cristiana) no es, para Maquiavelo, una moral adecuada para regir los comportamientos del actor político encargado de conducir los destinos de un Estado, o por lo menos —para ponerlo por ahora de un modo bastante más prudente— para regirlos siempre y en cualquier caso. (Rinesi, 2011, p. 33)

retomaremos la comparación que el autor realiza de la fortuna bajo el símil de un “río impetuoso”, cuyo cauce rabioso destruye las casas e invade aquellos lugares por donde antes no había pasado. Aun si la capacidad de destrucción es aquello que caracteriza lo impetuoso, no es condición suficiente.

Aunque tal sea su carácter, no quita que los hombres, en tiempos de tranquilidad, no puedan tomar precauciones mediante espigones y diques [...] de modo que, en crecientes posteriores [...] su ímpetu ya no sería tan desenfrenado ni dañino. Con la fortuna sucede lo mismo: ella muestra su poder donde no hay virtud organizada para resistirle (Maquiavelo, 2019, p. 168).

Es decir, para Maquiavelo, la *virtù*, se encuentra lejos de ser una moral elevada, superior, que debe “reemplazar” aquella antigua moralidad cristiana. Es una disposición activa, la capacidad estratégica que deberían tener los hombres de acción, que les proporciona la fuerza necesaria para resistir a la fortuna e intentar enfrentarla cuando amenace con destruir el orden de cosas vigente.

No obstante, esta resistencia o superación de los designios de la fortuna continúa sin ser sencilla, aún si uno es lo suficientemente virtuoso. Por ejemplo, “puede verse cómo de dos personas prudentes, uno llega a su objetivo y el otro no [...] y la causa está solamente en la cualidad de los tiempos, que se conforman o no con su modo de proceder”⁴ (Maquiavelo, 2019, p. 168-9). ¿Por qué sucede esto?

La fortuna, buena o mala, caprichosa o provechosa, es omnipresente, por ello, ser virtuoso no implica, al menos en todos los casos, ser paciente o precavido; en determinadas circunstancias, ser virtuoso requiere comportarse de manera desprevenida, frívola, incluso de manera violenta, pues aquello que definirá el curso de nuestra acción es adaptar aquella “otra mitad”, la mitad que está en manos de los hombres, a las reglas que nos impone la voluntad de la fortuna. Nos dice Maquiavelo que, aunque ésta aparezca allí donde no hay diques que la resistan, la fortuna no siempre favorece a los cautelosos que construyen presas de agua a lo largo de todo el río. De hecho, al final del capítulo, habla de la fortuna como una mujer a la que hay que castigar y golpear: “por eso, siempre, como mujer, es *amiga de los jóvenes*, que son menos precavidos, más fieros, y la dominan con mayor audacia” (Maquiavelo, 2019, p. 166, énfasis añadido).

Dicho esto, si el poder del accionar del hombre reside en saber cómo actuar conforme a la virtud para lograr adecuar su comportamiento a la manera que las circunstancias dispongan, ya

⁴ Un ejemplo de esto serán Casio y Antonio.

sea mediante una actitud temeraria o una estrategia prudente, lo que queda bajo el control absoluto de la fortuna es aquello que no podemos asir, incluso con el más adecuado de los temperamentos o siendo el más virtuoso de todos los hombres: el carácter político de los tiempos. Por ello, “aquel príncipe que se apoya íntegramente en la fortuna, cae según ella cambia” (Maquiavelo, 2019, p. 168).

En el poema *De la Fortuna*, Maquiavelo habla del Palacio de la Fortuna, un espacio colmado de ruedas que giran en su interior, determinando el destino de los hombres a su antojo.

Serán afortunados, dice, aquellos que puedan “elegir” a que rueda subirse de acuerdo a los “deseos” de la fortuna, es decir, *que elijan lo que ella tenía planeado para ellos*. Sin embargo, las ruedas giran inexorablemente, por lo que eventualmente volverán a caer (Padilla, 2017, p. 32).

La figura de la rueda aparece particularmente con la imagen de la *rota fortunae*: la fortuna hace girar sus ruedas y eleva a los hombres al trono para luego destronarlos (Padilla, 2017, p. 19). Como explica Cecilia Padilla, los caprichos de esta son mecánicamente inevitables, al igual que el movimiento de la rueda.

Shakespeare, al igual que Maquiavelo, postula, de la mano de sus incontables personajes y metáforas, que aunque el límite de la acción humana sea la cualidad política de los tiempos, es posible —y necesario— tener la capacidad de adaptarnos a ellos y así hacernos cargo de aquella otra mitad. De esta forma, continuando con la metáfora de las ruedas del palacio de la fortuna, podríamos definir la *virtù* como tener la capacidad de saber cuándo es preciso saltar de rueda en rueda para que nuestra derrota no se convierta en una decisión unilateral de la fortuna.⁵ En los términos teóricos de *El príncipe*, podríamos plantear esta misma imagen como sinónimo de adaptarse a *la cosa política*, tal que:

El príncipe debe ser tan prudente como para evitar la infamia de los vicios que le harían perder el estado, y también para defenderse dentro de lo posible de los vicios que no se lo quitarían [...] Porque, si examina todo bien, encontrará alguna cosa que parece virtud y que sin embargo, en caso de seguirla, sería su ruina, y alguna otra cosa que parece vicio y siguiéndola le dará seguridad y bienestar (Maquiavelo, 2019, p. 127).

La “cosa política” es tanto el momento político exacto y singular que vive cada príncipe, como la tarea o el problema particular que ha de resolver virtuosamente, en cuanto hombre de política y de acción, para poder contrarrestar las fuerzas de la fortuna. “Por eso, si alguien fuese capaz

⁵ “Sería muy feliz y venturoso/quién pudiese saltar de rueda en rueda” (Maquiavelo, 2017, p. 136).

de conocer cuál es la actitud que requieren los tiempos y a continuación cambiara su modo de proceder de acuerdo con el signo de los mismos, ese tendría siempre buena fortuna" (Maquiavelo, 2011, p. XC).

A lo largo del artículo podremos dar cuenta de que *Julio César* es una obra signada bajo las terminologías maquiavelianas que acabamos de exponer. No solo aparecen en ella numerosas imágenes y referencias a la fortuna, algunas de ellas ya mencionadas (el mar, la tormenta), así como la Fortuna como nombre propio y explícitamente escrito por Shakespeare; asimismo, el accionar de los personajes estará determinado por el uso correcto o incorrecto de la virtud en el sentido maquiaveliano: saber cuándo y cómo adaptarse al inestable tiempo político y, en consecuencia, al sondeo, eficiente o deficiente, de los designios de la fortuna.

2. La figura de Marco Bruto: la moral y el error político

Sobre el monte Tarpeyo, canción, verás/Un caballero al que toda
Italia honra,/Pensando más en los otros que en sí mismo.
(Cancionero, LIII)⁶

Tomando en cuenta estos conceptos centrales del pensamiento político maquiaveliano, podemos ahora analizar cómo se presentan y se desarrollan estos en los personajes de *Julio César*. Comenzaremos por Marco Bruto, quien se nos presenta como opositor a César, pero al mismo tiempo como uno de sus más íntimos amigos. Bruto condensa el conflicto entre la moral republicana y el deber político de configurar una acción virtuosa. Precisamente, su identidad se construye a partir de los valores de la República de Roma: el honor, el deber o la devoción hacia la patria, la lealtad —que será luego sumamente cuestionada— y la dignidad o el prestigio público. A esto, Eduardo Rinesi, en su *Política y tragedia*, ya citada, lo llama "tragedia de los valores", que consta de "tener que elegir, irremediablemente, entre hacer una cierta cosa y salvar a su república o hacer otra cosa y salvar su alma" (2011, p. 42).

Bruto, al encarnar este conflicto, deberá, precisamente, elegir, decidir entre dos universos de valores diferentes; entre salvar a Roma o salvarse a sí mismo.

Pero ocurre que la situación del príncipe maquiaveliano es mucho más trágica que esto, porque a esa primera tragedia de tener que elegir entre universos de valores —y vías de acción a ellos asociados— mutuamente incompatibles viene inmediatamente a agregarse una segunda tragedia (Rinesi, 2011, p. 42).

⁶ De la canción "espíritu gentil", de Francesco Petrarca; filósofo, poeta y filólogo italiano.

A esta segunda tragedia, Rinesi la denomina como “tragedia de la acción”, que también podemos aplicar al personaje de Bruto, puesto que se alinea sobremanera con todos estos ideales de la época; aun así, o quizás por esta misma razón, veremos que no es casi en ningún momento un hombre apto para dirigir el curso político de Roma tras el asesinato de César, del cual será el principal ejecutor, junto con los demás conspiradores. Por una sencilla razón: no encuentra la manera correcta de lidiar con los designios de la fortuna, de actuar en coherencia con la cosa, con la tarea política de su tiempo, pues ninguna de estas dos cosas coincide con aquella moral republicana de la que Bruto no parece jamás poder desprenderse del todo.

2.1. Los ideales republicanos como obstáculo político

Prácticamente al comienzo de la obra, en la escena II, Bruto y Casio⁷ observan a Antonio correr una carrera. Bruto reconoce que: “no me atraen los juegos / Me falta algo de esa vitalidad que tiene Antonio” (I.2. 28-29). “Los juegos” bien podrían hacer referencia a la fortuna, sobre todo si tenemos en cuenta aquello que sugiere Maquiavelo y que mencionamos en el primer apartado: la fortuna es amiga de los jóvenes, y aquí el personaje hace énfasis en la *vitalidad* de Antonio.

La conversación continúa y Bruto, una vez más, se lamenta por aquello que no tiene, también en comparación con Antonio: *virtù*. “*¿A qué peligros me arrastras, Casio, buscando que halle dentro de mí mismo algo que no está en mí?*” (I.2. 63-65, énfasis añadido). Nuestra intención es poder dar cuenta de cómo Bruto actúa y toma decisiones de manera errónea y contradictoria en todo momento, aun cuando parece reconocer su incompetencia para la cosa política desde estas primeras líneas.

Por otra parte, Casio debería tomar todo este intercambio como una advertencia personal y general —dado el presagio que presupone para la estabilidad política de Roma—, pero, sin embargo, le ruega a su amigo que vaya a ver la carrera,⁸ aunque puede interpretarse que en última instancia le está implorando que vea aquello que es esencialmente incapaz de ver, que sea alguien que no es.

⁷ Amigo de Bruto, quien lo convencerá de que se una a los conspiradores, para abatir a César.

⁸ **Casio:** ¿Vas a ver la carrera?

Bruto: No. Yo no.

Casio: Ven, te lo ruego. (I.2. 112-114)

Mientras tanto, en la plaza, Antonio le ofrece a César la corona, rechazada tres veces. Se oyen trompetas y gritos.

Bruto: Temo que el pueblo elija rey a César

Casio: Ah, ¿lo temes? Debo entonces pensar
que no quisieras que suceda así.

Bruto: No lo quisiera, Casio, y, sin embargo,
quiero a César. (I.2. 166-172)

Esta es una de las razones por las que el carácter de Bruto es demasiado endeble como para ser un buen hombre de acción. Bruto sigue sus pasiones, sus ideales, anteponiendo el honor y el bien común ante cualquier circunstancia. Casio, en cambio, es consciente de que es menester actuar acorde a la ocasión. Esta contradicción entre ambos signa por completo su vínculo, el cual se construye y se narra a lo largo de la historia mediante los incontables momentos en los que Casio desea que Bruto pueda revertir y dar cuenta de todas estas faltas y debilidades que presenta (por ejemplo, en las líneas: ““Bruto” y “César”: ¿qué habría en ese “César”? ¿Por qué ese nombre habría de sonar/más que el tuyo?” (I.2. 141-2)). Lo que Casio detecta aquí —y que Bruto ignora— es que la diferencia entre ambos no es esencial, sino estratégica: Bruto podría ocupar el lugar de César si lograra actuar de forma acorde al tiempo político. Esta lucidez frente al mecanismo de la fortuna es lo que convierte a Casio, bajo un análisis maquiaveliano, en un actor más virtuoso; si Bruto actúa más atentamente, si hace incluso aquello que no quiere hacer, “sabrá igual de bien en la boca”, no por el acto en sí mismo, sino porque al menos estaría intentando adecuarse a lo que los tiempos disponen y contrarrestar a la fortuna; cambiar de rueda, antes que rendirse de antemano ante la posibilidad de jugar.

Para continuar convenciendo a Bruto de que no tiene por qué dejar todo en manos de la fortuna y, bajo esta lógica, unirse al plan de los conspiradores, Casio le promete honor y, quizás lo más importante, el bien común de toda la ciudad, consecuencia de asesinar al tirano de César. El problema con la promesa de Casio es que es enunciada aun cuando reconoce que Bruto no tiene aquella cualidad que se debe tener para tomar este tipo de decisiones: *virtù*; la identidad de Bruto, en este primer momento de la trama, recae y pesa más sobre otro ideal romano clásico: la lealtad (*fides*). Mas, para asesinar a César, esto resulta problemático, dado que en esta ocasión Casio necesita que Bruto se interese en ser virtuoso, y no precisamente como sinónimo de ser justo, sino en el sentido maquiaveliano:

Un príncipe, si quiere conservarse, debe aprender a poder ser no bueno, y valerse de ello o no según la necesidad [...] no debe cuidarse de incurrir en la

infamia de esos vicios sin los cuales difícilmente podría salvar al estado (Maquiavelo, 2019, pp. 126-7).

En este momento político determinado, la lealtad de Bruto no le favorece y, sobre todo, tensiona aquellos otros valores que también funcionan como pilares de su persona: el honor y el bien público. Que Bruto pueda ser capaz de reconocer cómo deliberar esta decisión es fundamental para que luego pueda ocupar el vacío político que dejará César y prosperar en esta empresa, de lo contrario, todo habrá sido en vano.

Pero a pesar de los esfuerzos y las reprimendas de Casio, veremos que Bruto no es, en absoluto, un hombre virtuoso, prueba tal será su temperamento inmutable, incompetente ante la inestabilidad de las circunstancias políticas y firmemente estructurado por aquellos dos pilares principales:

Si es algo concerniente al bien común,
pon el honor ante uno de mis ojos
y la muerte ante el otro, porque yo
los miraré con toda indiferencia;
pues, y así me favorezcan los dioses,
mucho más amo el nombre del honor
de lo que temo el de la muerte (I.2. 85-9).

La dificultad del asunto no radica en que el motor de las acciones de Bruto sea el bien público (en última instancia, eso es justamente lo que termina por tener más peso y aquello que consigue motivarlo para unirse a los conspiradores y matar a César), sino que tanto el honor como el bien público pierden su valor en la transición al Imperio. Resulta irónico cómo aquello que Casio prometió como recompensa tras el asesinato —el bienestar de todos los ciudadanos, junto con el honor y la nobleza de Bruto reafirmados—, se anula por completo en el momento que Bruto decide accionar, clavar la daga.

Ya es demasiado tarde, el curso de los acontecimientos ya ha sido definido, la fortuna ha girado sus ruedas y aquellas características de Bruto que parecían ser la salvación de Roma —y la suya propia— se convierten en su ruina, la nobleza es ahora un defecto y pretender el bien común es demasiado misericordioso para la tormenta que acaba de desatarse en la ciudad tras la caída de César.

Retomando la escena previa al asesinato, Casio aconseja matar también a Antonio en la misma instancia que a César, dado el vínculo cercano que ambos mantenían. Es una cuestión estratégica,

que Bruto no logra ver, pues que Antonio conservase su vida podría ser peligroso para mantener la estabilidad del posterior mandato político de los conspiradores. Maquiavelo ensaya sobre este tipo de circunstancias en el capítulo VIII, en el que trata los tipos de principados que se han gobernado mediante actos ilícitos, alegando que las ofensas deben hacerse todas juntas, pues existe la urgencia de asegurarse el poder ante la ausencia de una figura política firme. Aun así, Bruto se niega, alegando que matarlos a ambos en el mismo momento parecerá demasiado sangriento, ignorando con esta decisión no sólo las palabras de Casio, sino las de Maquiavelo, cuando este expresa que “un príncipe no se debe preocupar por la mala fama de cruel, a fin de mantener a sus súbditos unidos y leales” (2019, p. 131). Una vez más, Bruto deslumbra por su exceso de compasión:

Que nosotros
 seamos, Casio, sacrificadores,
 pero no carniceros. Nos alzamos
 contra el espíritu de César, pero
 no hay sangre en el espíritu del hombre.
 Ah, ¡si fuera posible que alcanzásemos
 su espíritu sin desmembrar a César!
 Pero, ay, César debe sangrar por esto
 y, amigos, habremos de matarlo
 con osadía pero no con ira.
 [...] Eso hará
 que nuestro intento pueda resultar
 un acto necesario, no perverso.
 Y, si parece así a ojos de todos,
 han de llamarnos purificadores,
 nunca asesinos (I.2. 166-80).

Incluso la manera en que describe el momento posible del asesinato y sus consecuencias es ingenua. Bruto está convencido de que al ponerle fin a la tiranía de César se purificará la ciudad, cuando de hecho no hace más que asesinar el régimen republicano que tanto desea que prospere, todo en ese mismo acto de salvación. Esa es la inmensa falla de Bruto: suponer que sus acciones conquistarán el bien público, cuando el público y el bien ya no buscan ni pretenden

ni el honor ni la nobleza. De esta forma, Bruto, al comportarse como un “verdadero romano”, siendo leal a sus principios y a los de la época, es cuando más destruye, rompe y modifica el orden político de Roma, el mismo que alguna vez supo mantenerse en pie por estos mismos valores.

Luego, Bruto habla con su esposa, Porcia, quien preocupada le pregunta qué le sucede; expresa que ya no lo reconoce, debido que últimamente actúa de forma extraña y que aquel hombre con el cual se casó, si se viese sumido en las circunstancias del presente, si estuviese enfermo, intentaría curarse. A esto, Bruto le contesta que eso es precisamente lo que está intentando hacer: curar, sanar. Quizás quepa preguntarnos, ¿sanar a quién o a qué? ¿Su vínculo con César? ¿Con el pueblo y la ciudad? ¿Su reputación y su honor público? ¿A sí mismo?

Si continuamos con la misma lógica de antes, Bruto interpreta que el mal reside en César o, en su defecto, que es Roma quien padece las consecuencias de su accionar político, por lo que concluye que matarlo acabará con la afección —recordemos que antes hablaba de ello como una instancia necesaria y purificadora—, cuando en verdad es todo lo contrario, y Porcia, al igual que Casio, procura hacérselo saber.

Bruto está enfermo y se escabulle
 de un confortable lecho, arriesgándose
 a la vil pestilencia de la noche,
 tentando al aire impuro y contagioso [...]
 No, Bruto mío,
 hay en tu mente un pesar que te daña
 que, por derecho de mi posición,
 yo debo conocer; y, de rodillas, [...]
 te conjuro me descubras a mí,
 a ti, a tu mitad, lo que te pasa (2.I 263-75).

Acto seguido, Bruto le suplica a su esposa que por favor no caiga de rodillas. Ella contesta “no fuera necesario si tú fueras el gentil Bruto” (2.I 279). Como ya mencionamos, Bruto no sólo confía en sus capacidades para que Roma vuelva a prosperar bajo su forma republicana, sino que además cree que es un acto noble y honorable, y por supuesto que lo cree, es la única moral que conoce, es la única con la que se ha regido a sí mismo y la única con la que la ciudad se ha construido y edificado. Mas Porcia advierte que, si realmente siguiese siendo el mismo Bruto,

aquel Bruto regido por los valores de la república, coronado como “el más noble de Roma”, no se desviaría, ni se arriesgaría a la pestilencia de la noche. Hay algo de la nobleza de Bruto que se pierde en esa oscuridad, en esa necesidad que siente Porcia de arrodillarse a rogarle a un hombre que ya no existe, que funciona como antesala para derribar aquel pilar moral de la lealtad, que lo conduce a asesinar a su amigo. Unas líneas después, discutiendo con Cayo Ligario, otro de los conspiradores, se refiere al asesinato como una labor que ha de curar enfermos.

Nos situamos en la escena del crimen. Bruto, con César ya muerto a sus pies, exclama: “no tengáis miedo, pueblo, senadores;/no huyáis, quedaos; paga está la deuda/de la ambición” (3.I 82-3). Mas Bruto ignora una deuda quizás mayor a la de César: debería ser capaz de preguntarse quién va a pagar por la ambición de su honor, de su lealtad, de su falta de virtud, pues nada de esto es gratuito.⁹

Inmediatamente, Casio pregunta por Antonio. Entra en escena un sirviente, a quien Antonio ha mandado a llamar, el cual tiene unas líneas muy interesantes: “Bruto es noble, valiente, sabio, honesto;/César fue grande, osado, regio, amable;/di que amo a Bruto y que lo honro; y di/que temía a César, lo honraba y lo amaba” (3.I 126-7). Al igual que sucede con Antonio, las diferencias entre César y Bruto son palpables, y esta es una de ellas: Bruto es el más noble de Roma, el pueblo lo atesora como tal. César no solo era querido, sino temido. Esta controversia entre ser amado y ser temido es un aspecto crucial en *El príncipe*: “Se contesta que correspondería ser lo uno y lo otro, pero como resulta difícil [...] es mucho más seguro ser temido que amado cuando una de las dos cualidades falta” (Maquiavelo, 2019, p. 132). Para Maquiavelo, esto sucede debido a que el amor se sostiene por vínculo de gratitud, que puede romperse en cualquier circunstancia, dada su fragilidad. En cambio, el miedo se mantiene por la amenaza a ser castigado, que nunca se pierde, por lo que le otorga más estabilidad al príncipe y al principado en general. En otras palabras, volviendo a la obra de Shakespeare, Bruto, que solo es querido y no temido, es demasiado propenso a quebrarse y caer en cualquier instante, mientras que César, al ser ambas, se caracterizaba por ser fuerte y estable, al igual que su régimen político.

Contra todo pronóstico y toda razón, Bruto elige confiar en que Antonio le será leal al nuevo régimen de los conspiradores. Casio, como ya vimos, no está de acuerdo, y además agrega que se siente atemorizado por la subsistencia y el repentino cambio de bando de Antonio. De manera absurda, es el propio Antonio, y no Bruto, quien reconoce que lo correcto y lo conveniente

⁹ Segundos antes de ser asesinado, César pregunta: “¿No está aquí Bruto arrodillado en vano?” (3.I 75.2).

según las circunstancias políticas es que él mismo muera ahora, junto al cadáver de César, tal y como desea Casio.

No sé, señores, que inventáis,
que otro debe ser sangrado; que otro
se halla enfermo. Si ese fuera yo,
no habría otra hora más conveniente
que la hora de la muerte de César,
[...] Aunque viviera mil años,
nunca me encontraría tan dispuesto
como me encuentro hoy para la muerte (3.I 151-63).

Pero los conspiradores desaprovechan la ocasión. Bruto incluso le ruega a Antonio que no les demande que le den muerte, y agrega: “Aunque ahora/te parezcamos crueles y sangrientos,/[...] tienes que mirar,/con todo, más allá de nuestras manos” (3.I 165-8). Nuevamente, lo que Bruto le responde a Antonio refleja su propia condición. Es Bruto, no Antonio, quien debe mirar más allá de sus manos; ser capaz de notar que su temperamento y sus decisiones no lo llevarán por buen camino.

Quizás el problema reside en que la realidad política que está efectivamente sucediendo no es la misma realidad que Bruto ve y experimenta. En las líneas siguientes, Antonio elogia la figura de César y, a la vez, da cuenta de esta “verdadera” realidad; de cómo se está fragmentando el estado de cosas en Roma: “mundo, tú eras el bosque de este ciervo;/y este era, mundo, si, tu corazón” (3.I. 207-8). César era el corazón de la República romana. Ahora está muerto y, con él, la Roma que Bruto intenta honrar. Sin embargo, según Bruto, esa Roma aún sigue en pie, esperando la salvación de aquel noble Bruto.

Una vez más, podemos trazar una línea entre Antonio y Bruto. Para el primero, la enfermedad comienza tras la muerte de César, para el segundo, tras el asesinato, Roma comienza su proceso de curación. Sin embargo, recordemos, que es Antonio, no Bruto, quien es virtuoso y quien, por lo tanto, puede dar cuenta de manera adecuada de la cosa política.

Bruto se aleja cada vez más del ideal de la *virtù* maquiaveliana en la escena I del acto III, donde le permite a Marco Antonio exhibir el cadáver de César en la plaza y posicionarse ante el pueblo. Casio se opone nuevamente, pero Bruto le asegura que todo saldrá a su favor, ya que él hablará

primero ante los ciudadanos, garantizando la aprobación pública del asesinato de César. En la escena II, ya en el Foro de Roma, Bruto pronuncia su solemne discurso.

¡Romanos, compatriotas, buenos amigos! [...] Creerme por mi honor, y respetad mi honor para poder creer [...] Si hay en esta asamblea algún querido amigo de César, a él le digo que el amor de Bruto por César no era menor que el suyo. Si ese amigo pregunta entonces por qué Bruto se alzó contra César, esta es mi respuesta: no fue porque amara menos a César sino porque amaba más a Roma. [...] Porque César me quería, lo lloro; porque fue afortunado en sus empresas, lo celebro, porque era valiente, lo honro; pero porque era ambicioso, lo mato. [...] ¿Quién hay aquí tan bajo que quisiera ser siervo? [...] ¿Quién hay aquí tan bárbaro que no quiera ser romano? Si alguno hay, que hable, porque a ese lo he ofendido. ¿Quién hay aquí tan vil que no ame a su país? (3.2 13-32).

El problema con este alegato es que está dirigido a un pueblo que ya no existe. Bruto llega demasiado tarde, elogia los valores de la República en lugar de adaptar sus palabras al estado de cosas actual. Esto delata la falta de cautela y reflexión en el accionar de Bruto, pues: “Un señor prudente [...] no puede ni debe guardar fidelidad a sus palabras cuando tal fidelidad se vuelve contra sus intereses y cuando las razones que motivaron sus promesas han caducado” (Maquiavelo, 2019, p. 136). Es precisamente esto lo que Bruto hace con su discurso: apela a los valores ya caducos para que el pueblo lo perdone y comprenda el carácter necesario de su crimen, lo que lo posiciona en un lugar sumamente inestable en términos de materia política. Esto resulta interesante, ya que la acción de *rogar* por el perdón y entendimiento del pueblo parece entrever una cierta falta de decisión, ¿quién ruega por el perdón de un crimen que cree justo y necesario?

Aun así, los ciudadanos lo escuchan y lo celebran. Por lo que continúa: “no ofendí, pues, a nadie. *No he hecho a César más de lo que haríais a Bruto*” (3.2 36-7, énfasis añadido). Unas escenas más atrás, cuando Casio insiste con asesinar a Marco Antonio junto a César debido al “arraigado amor” que le tiene, Bruto contesta: “ay, buen Casio; no te preocupe Antonio./Si ama a César, cuánto puede hacer/será contra sí mismo; él podría/tomarlo a pecho y morir por César” (2.1 185-7). Bruto acaba de pronunciar en su discurso “no fue porque amara menos a César sino porque amaba más a Roma”. Podríamos posicionarlo en el mismo lugar que él le adjudica a Antonio al hablar con Casio y, nuevamente, invertir los roles: Bruto es quien se toma a pecho la muerte de César, entendida como la muerte de Roma, y pareciera estar dispuesto a pagar por ello el precio que se le imponga, mientras funcione como defensa del antiguo orden político, de los ideales del honor y el bien público. Él mismo lo admite antes de darle la palabra a Antonio

en el Foro: “si he/matado a mi más querido amigo por el bien de Roma, tengo la misma/daga para mi cuando mi país considere necesaria mi muerte” (3.2 44-47).

3. Antonio: la lectura del tiempo político

El objetivo principal de este apartado es señalar la forma de proceder de Antonio, su carácter y su temple ante los obstáculos que aparecen en su camino. A diferencia de Bruto, Antonio analizará y preparará minuciosamente sus próximos pasos, trazando un plan político que sigue prácticamente al pie de la letra algunos de los consejos más importantes que da Maquiavelo en *El príncipe*.

Luego de finalizar su discurso, Bruto se retira del Foro, obsequiándole a Antonio todo el tiempo necesario para convencer al pueblo de que el asesinato de César no era para nada un evento indispensable e ineludible para el bienestar de la ciudad.

Mis amigos, romanos, compatriotas,
prestadme oídos. [...]

Según os dijo el noble Bruto, César
era ambicioso; y si eso era así,
era una grave falta, y gravemente
tuvo César que responder por ella.

[...] Fue mi amigo; justo y fiel para mí;
pero era ambicioso, dice Bruto,
y Bruto es un hombre honorable.

[...] le ofrecí una corona
de monarca, que rechazó tres veces.
¿Era eso ambición?

[...] No hablo para desautorizar
lo que dijera Bruto; estoy aquí
para deciros lo que yo conozco (3.2. 74-102).

Uno a uno, los ciudadanos van sucumbiendo al nuevo discurso, que tiene intenciones de cuestionar el valor del honor de Bruto y la supuesta ambición desmedida de César. Antonio parece poner sobre la mesa aquella pregunta que mencionamos antes: ¿quién pagará por las

acciones y decisiones honrosas de Bruto? Incluso uno de los civiles exclama: “no hay en toda Roma/un hombre más noble que Antonio” (3.2. 117). Esta línea es la pieza determinante para confirmar que, indudablemente, el honor de Bruto carece ya completamente de valor; el título del más noble de toda Roma pasa a manos de Antonio de un instante a otro, de una pronunciación pública a la otra, dado que el honor como valor político o ciudadano comienza a construirse desde otro lugar; ya no suscribe a los antiguos valores de la República, sino que su definición comienza a virar hacia aquellos aspectos que resultan indispensables, dada la situación de inestabilidad política que se produce tras la muerte de César, como la necesidad de una nueva configuración política y moral, que Antonio encarnará.

Cabe preguntarnos si este giro de posición política por parte de los ciudadanos se debe a una superioridad —con respecto a Bruto— retórica, por parte de Antonio, o a la naturaleza misma del pueblo. Sobre esta última, Maquiavelo escribe:

La naturaleza de los pueblos es variable, y resulta fácil convencerlos de algo, pero difícil mantenerlos en esa convicción: entonces, conviene estar preparado de modo tal que, cuando ellos no crean más, se les pueda hacer creer por la fuerza (2019, pp. 87-8).

Casi como si Antonio siguiera meticulosamente los lineamientos de *El príncipe*, consciente de que debe valerse de todo lo que esté a su alcance para revertir la respuesta positiva que el pueblo le ha dado a Bruto, menciona ante este la existencia de un testamento por parte César, para luego agregar de forma modesta que no sería adecuado leerlo en este momento:

No es conveniente que sepáis ahora
de qué manera César os amaba.
No sois de piedra, no sois de madera;
sois nada más que hombres;
siendo hombres, escuchar el testamento de César
os va a exaltar, os ha de volver locos
[...] Fui demasiado lejos
al informaros de ello: Tengo miedo
de agraviar a esos hombres honorables
cuyos puñales hirieron a César (3.2 142-53).

Pero el pueblo ya vitorea: “Ésos eran traidores”, “Ésos eran malvados, asesinos./¡El testamento! ¡Lee el testamento!” (3.2. 154-7). Antonio mantiene una fachada estratégica de medida, organizando a la pobre multitud distendida:¹⁰

Yo no he venido aquí para robaros
 el corazón; no soy un orador
 como Bruto, sino como vosotros
 me conocéis un hombre llano y simple
 que quería a su amigo; [...]
 Pero en caso de ser yo Bruto,
 y Bruto Antonio, sería un Antonio
 que haría enfurecer vuestros espíritus,
 y pondría en cada herida de César
 una lengua que hasta las mismas piedras
 de Roma incitaría a amotinarse (3.2 217-31).

Antonio deja muy en claro a su público cuáles son sus intenciones. Su objetivo consiste en hacer enfurecer al pueblo, y lo logra: los ciudadanos quieren quemar la casa de Bruto y capturar a los demás conspiradores.

Antonio comprende la importancia de esperar, de analizar el estado de cosas sobre el que se encuentra para poder, en última instancia, adaptarse a él y así poner a la fortuna de su lado justamente mediante esta adecuación. Recordemos que es este uno de los aspectos más cruciales de la virtud: adaptarse a la cosa política. Por eso, Antonio es capaz de decir, con plena confianza: “ahora, que esto siga su curso./Calamidad, tu obra ha comenzado./¡Toma ahora el camino que deseas!” (3.2. 262-4); puede dejarse guiar por los deseos de la fortuna, ya que está seguro de tener la virtud suficiente para asirla y domarla, y de hecho la tiene.¹¹

¹⁰ “Teseo no habría podido demostrar su virtud si no hubiera encontrado dispersos a los atenienses” (Maquiavelo, 2017, p. 86).

¹¹ “En la obra de Maquiavelo *El Príncipe* [...] la fortuna [...] es definida como la incertidumbre generada por la innovación política que quiebra las costumbres o tradiciones legitimantes del orden precedente, escenario que solo puede ser dominado por las virtudes del príncipe. En un estado político incierto, avasallado por el acontecimiento, “la acción” y la “fuerza militar” se transforman en las virtudes claves del político [...] en conjunto con la idea que el campo político es regido por las circunstancias como una esfera ajena a la moral cristiana” (Arellano, 2012, p.17).

La firmeza del creciente accionar político de Antonio puede realizarse mediante una conversación que mantiene con uno de los sirvientes de Octavio, el hermano de César, quien le indica que las tropas de este han llegado a las puertas de Roma: “ahora mismo me voy a visitarlo/Se cumplen justamente mis deseos./La fortuna se muestra sonriente,/y así va a concedernos cualquier cosa” (3.2. 267-9). Antonio, tras haberse librado de Bruto y los conspiradores, al convencer al pueblo de ponerse de su lado, deja libre el camino para que Octavio pueda ingresar a la ciudad sin más preámbulos; no hay nada más que esperar y lo sabe perfectamente.

El principio del final comienza en la escena I del penúltimo acto, cuando Antonio mantiene una conversación con Octavio y Lépido. Los tres escriben un listado con los nombres de aquellos que deben morir por la conspiración, dentro de los cuales se encuentra el hermano de Lépido. Este acepta darle muerte, con la condición de que Antonio tampoco deje con vida al hijo de su hermana, quien también formaba parte del complot. Éste condena a su sobrino inmediatamente, marcando otra gran distinción con Bruto que, como vimos, no se atrevió a matar a Antonio en el momento más oportuno por temor a parecer cruel ante el pueblo. En cambio, Antonio sí se permite actuar maliciosamente cuando los tiempos y la tarea política así lo requieren. Mientras, Bruto se esfuerza en extralimitarse de bondad y piedad, lo que demuestra la ingenuidad de sus actos y lo peligroso de relegar todo al arbitrio de la fortuna, con las esperanzas puestas en que los ciudadanos siguen commovidos por su discurso. Bruto es ingenuo ante la realidad y se encuentra en la situación más desfavorable para un príncipe: el pueblo lo detesta, siendo que “la mejor fortaleza consiste en no ser odiado por el pueblo porque, aunque tengas fortalezas, si el pueblo te odia, ellas no te salvarán, puesto que una vez tomadas las armas los pueblos siempre encontrarán extranjeros que los ayuden” (Maquiavelo, 2019, p. 154).

4. Casio: advertencias ignoradas y una fidelidad que ahoga

Tal y como vimos en el primer apartado sobre Bruto, Casio es un personaje que se caracteriza por ser la voz de la razón, es quien tiene todo aquello que a Bruto le falta: *virtù*, prudencia, una lectura adecuada de la situación. Así es como, casi inevitablemente, Casio se convierte en el fiel consejero político de Bruto, pese a que éste último no aprecia en lo más mínimo sus advertencias. En esta sección, nos proponemos dar cuenta de por qué esta dinámica entre ambos les resultará muy costosa.

En el mayor momento de debilidad, Casio y Bruto discuten por un malentendido con el sirviente del segundo, y este acusa a Casio de intercambiar oro por posiciones políticas a personas indignas, llamándolo “codicioso”.

Casio: Bruto, a mí no me ladres;

no voy a tolerarlo; tú te olvidas
de ti mismo al acosarme así.

Soy un soldado más viejo en la práctica
y más capaz que tú para imponer
condiciones

Bruto: Bah, no lo eres, Casio

Casio: Lo soy.

Bruto: Y yo digo que no lo eres.

Casio: No me acosas ya más,

Porque voy a olvidarme de mí mismo;

Piensa en tu vida, y no me tientes más. (4.3. 28-36)

La respuesta de Bruto a estas últimas líneas de su amigo resulta interesante, pues parece estar conversando con la fortuna, o consigo mismo, más que con Casio:

Sí. Todo esto y más: enójate hasta
que tu orgulloso corazón se rompa;
[...] ¿Debo ceder? ¿Debo atender a tus humores?
¿Erguirme y encorvarme según quiera
tu irritable talante? Por los dioses,
tragarás el veneno de tu furia
aunque eso te haga reventar. (4.3 41-48)

Casio se desconcierta ante estas palabras. Al igual que Porcia unas escenas antes, comienza a decirle a su amigo que ya no es el mismo Bruto, que su Bruto no trataría de esta forma a Casio.

Bruto: No me gustan tus faltas.

Casio: El ojo de un amigo no vería
tales faltas.

Bruto:El de un adulador

no las vería así fuesen tan grandes
como el Olimpo.

(4.3. 88-91) Casio está a punto de sucumbir al malestar que le generan las palabras de Bruto y perder la cordura, de olvidarse de sí mismo y, como tal, de aquello que lo caracteriza, de la virtud que ha desplegado a lo largo de toda la trama: evaluar la situación antes de proceder; aspecto fundamental que le ha permitido propiciarle a Bruto los infinitos consejos que le ha dado sobre cómo estabilizar el curso de su acción política, aún si estos nunca fueron escuchados. Con su incompetencia e impulsividad, Bruto ha logrado enfermar incluso a uno de sus grandes amigos, quien no ha querido más que ayudarle a edificar la Roma que han intentado construir juntos tras la caída de César. Exhausto, Casio exclama:

Ven, joven Octavio,
ven, Antonio, venid y os vengareis
en Casio solamente, porque Casio
está harto del mundo, aborrecido
por uno a quien él quiere, desafiado
por su hermano, reñido como un ciervo;
y todos sus defectos observados,
anotados, sabidos de memoria
para luego arrojarmelos al rostro.
[...] Aquí tienes mi daga,
y aquí tienes mi pecho descubierto
y adentro un corazón [...]
si eres romano, tómalo. (4.3. 92-102)

A pesar de su prudencia, Casio ha cometido el error de verter sus esperanzas en que el noble Bruto, que jamás escucha, que jamás cambia su manera de proceder. Bruto no iba a darle el mismo trato que este dio a César. “Yo, que oro/te he negado, te doy mi corazón./Golpea, pues, como golpeaste a César;/porque bien sé que cuando más lo odiabas/más lo querías de lo que jamás/quisiste a Casio” (4.3. 103-6). Tal y como expresaba Casio anteriormente, Bruto no puede mantener la compostura ante esta discusión porque, después de todo, continúa amando más a César que a cualquier otra cosa, dejando entrever su incapacidad para el mando político.

Casio tampoco se encuentra en una posición mucho más favorable. Queda claro a lo largo de toda la tragedia y, sobre todo, después de esta discusión entre ambos, que su mayor defecto es no saber renunciar a Bruto, aun si sabe que mantenerse a su lado lo hará caer. Él, en tanto que decide continuar a su lado, también decide condenarse solo: “Llena, Lucio, /la copa hasta que el vino se derrame;/nunca podría beber demasiado/por el amor de Bruto” (4.3. 158-60).¹²

A pesar de que todo indica lo contrario, Bruto elige marchar con sus tropas hacia Filipos, donde se situará la batalla final entre los conspiradores y los ejércitos de Antonio y Octavio. Casio, por última vez, le advierte que no es lo más prudente, mas Bruto quiere tomar todo, incluso lo que no existe, incluso lo que nadie le pide.

Es enormemente trágico cómo todos *saben* que deben cambiar su manera de proceder para evitar la derrota, pero ninguno acciona en contra de ese conocimiento, nadie se opone del todo a abandonarse al movimiento de las ruedas de la fortuna. Bruto confía incesantemente en aquella primera definición de la fortuna, que Maquiavelo intenta desterrar: un poder incapaz de asir, de controlar, ante el cual la única opción es rendirse. Bruto es el primero en identificar la ineludible derrota de los conspiradores, a pesar de ser también el primero en ignorar todas las advertencias.

Nosotros, en lo alto, estamos prontos
 para caer. Porque hay una marea
 en las cosas humanas que, tomadas
 en la creciente, lleva a la fortuna;
 al ignorarla, el viaje de la vida
 se desliza entre escollos y desgracia.
 Hoy estamos en esta pleamar
 y tenemos que tomar la corriente
 cuando es favorable, o nuestra empresa
 fracasará. (4.3. 215-22)

Bruto es consciente de que la “buena” fortuna no está de su lado, que esta lo ha abandonado al minuto en que le puso fin a la vida de César. Casio, al verse una vez más frente a la falta de virtud de su amigo, reafirma su redención: “bien, adelante, pues, /como quieras; nos pondremos

¹² En la edición moderna en inglés: “I cannot drink too much of Brutus’ love” (4.3. 160).

en marcha” (4.3. 222-3). De esta forma, Casio decide abandonarse a sí mismo en Bruto e ir juntos hacia la derrota.

Octavio y Antonio se retiran junto con sus ejércitos; Casio sucumbe al flujo incierto de los acontecimientos y pareciera abandonarse en aquella antigua definición de la fortuna que Maquiavelo nos invita a superar: “¡pues sople el viento, hinchen las velas, y bogue el barco! Estalló la tormenta, y todo está en manos del azar” (5.1. 67-8). Unas líneas más abajo, agrega: “como sabes, /adhería firmemente a Epicuro /y a su opinión; pero hoy cambié de idea /y doy crédito en parte a los presagios” (5.1. 76-8). Acto seguido, describe cómo, al llegar a Filipos, dos águilas que los habían estado acompañando todo el trayecto desde Sardis, posadas en el estandarte del barco, fueron reemplazadas por cuervos y buitres que miraban hacia abajo constantemente, “como si fuéramos ya sus presas moribundas” (5.1. 86). Su sirviente le ruega que no crea en tal augurio. Casio se esfuerza por volver en sí para lograr que Bruto se detenga y rzone antes de comenzar la batalla con Antonio y Octavio; aun cuando sabe que tiene todo para perder, como buen hombre de acción, Casio se aferra a esa mitad de la fortuna de la que Maquiavelo nos hace responsables:

Solo lo creo en parte, porque soy
sano de espíritu y estoy resuelto
a enfrentar los peligros con firmeza
[...] Ahora, insigne Bruto,
que los dioses estén de nuestra parte [...]
Si perdemos esta batalla, ésta
es la última vez que conversamos:
si es así, ¿cómo piensas proceder? (5.1. 89-99, énfasis añadido)

Con todo, Bruto no ha cambiado de parecer: “no sé, pero considero que es vil /y cobarde, por miedo a lo que venga, /acortar así el tiempo de la vida; /armado de paciencia esperaré/lo que deparen los altos poderes/que nos gobiernan aquí abajo” (5.1. 103-7). Pese a la respuesta, Casio, fiel sirviente, es incapaz de dar media vuelta e irse. Ya en la escena III, vemos las penosas consecuencias que esto le trae.

Titinio, oficial del ejército de Casio, anuncia que Bruto ha dado la orden de atacar al ejército de Octavio demasiado temprano: “se lo tomó con demasiado ímpetu” (5.3. 5). Al verse en esta situación, Casio, a pesar de siempre haber estado un paso más adelante, de haberse cuidado de no actuar apresuradamente, de repente parece ser consciente de que pudo prevenir todos los

posibles errores políticos del plan de los conspiradores y del accionar de Bruto, pero no la causa de su caída: no detectar que el honor de Bruto era un vicio y no una virtud, para sí mismo y para la república de Roma.

Al escuchar el mensaje de Titinio, Casio se entrega a las fuerzas de la fortuna en una clara referencia de Shakespeare a la imagen de la rueda mencionada en el segundo apartado de nuestro artículo: “el tiempo ha concluido ya su círculo /y donde comencé he de terminar; /mi vida ha recorrido ya su órbita” (5.3. 23-5). Continuando esta idea de que todo lo que sube debe bajar, de que aquellos hombres que la fortuna coronó, deben ser desterrados, líneas antes de enfrentarse de forma directa con la derrota, Casio le solicita a Píndaro, su esclavo, que *suba* a la colina a ver el estado de la batalla. Enseguida, Píndaro le informa que Bruto y su ejército han sido abatidos. Casio responde: “*baja;/no mires más. ¡Ah, cobarde de mí,/que viví tanto tiempo para ver/como caía mi mejor amigo /ante mis ojos!*” (5.3. 33-5, énfasis añadido). A continuación, obliga a Píndaro a que le dé muerte.

En este momento, sucede algo imprevisto. Entra en escena Mésala, oficial del ejército de Bruto, indicando que este ha logrado acorralar a Antonio, así como las fuerzas de Casio a las de Octavio. Las nuevas de Mésala implican que Píndaro, desde lo alto de la colina, ha interpretado de manera errónea el estado de la batalla, tanto Bruto como sus ejércitos continúan en pie. De esta forma, los roles se intercambian: Casio, que toma prestada la vista, los ojos de su sirviente, se comporta tal y como lo haría Bruto con sus pobres ojos enfermos; se apresura en entregarse a la fortuna, a la muerte, tomándose a pecho el aparente fallecimiento de Bruto que Píndaro le comunica, de la misma forma en la que describimos que Bruto procesa el asesinato de César.

Aquí, resulta oportuno volver sobre un diálogo entre Bruto y Casio, que tiene lugar en las primeras escenas, donde se refiere de manera directa a esta enfermedad de la vista.

Casio: Dime,

mi buen Bruto, ¿te puedes ver la cara?

Bruto: No, Casio, el ojo no se ve a sí mismo

sino por reflexión de otros objetos.

Casio: Justamente.

Es así, Bruto, y mucho se lamenta
que no tengas espejos que devuelvan
a tus ojos tus escondidos méritos

y así pudieras ver tu propia imagen.
 Estando entre los hombres más ilustres
 de Roma —excepto César inmortal—,
 los oí hablar de Bruto y desear
 —gimiendo bajo el yugo de esta época—
 que el noble Bruto abriera por fin sus ojos. (I.2. 51-62)

De la prisa y el descuido de Casio dan cuenta Titinio y Mésala, quiénes lo encuentran muerto en el suelo. El segundo exclama “jah, odioso error, hijo del desaliento! / Por qué muestras las cosas que no son/ al pensamiento crédulo del hombre? / Oh, error, que pronto concebido” (5.3. 67-9). Bruto entra en escena, ve el cuerpo de Casio en el suelo y decide culpar a César por la muerte de su amigo. “¡Ah, Julio César! Eres / todavía grandioso. Tu espíritu / anda vagando y hace que se vuelvan/nuestras propias espadas contra nuestras/propias entrañas” (5.3. 94-8).

Ante estas palabras de Bruto, también es preciso volver hacia líneas anteriores de Casio, donde este le advierte que no tiene por qué desconfiar de él.

Casio: prepárate, buen Bruto, para oír,
 ya que tú mismo no podrás verte,
 como en reflejo, lo que yo, tu espejo,
 honestamente voy a revelarte,
 aquello que aún no sabes de ti mismo.
 No sospeches de mí, mi gentil Bruto.

(I.2. 66-9)

Comienza a ser cada vez más inevitable para Bruto posponer la realidad de la derrota y, con ello, dar cuenta de que nunca tuvo, de hecho, el valor de soportar lo que significaba matar a César, reconociendo, quizás, que incluso Casio hubiese sido el más indicado para dirigir políticamente a Roma luego del asesinato. Lo despidió pronunciando las siguientes palabras: “¡Adiós, al último de los romanos! / Es imposible que Roma jamás / engendre uno igual a ti” (5.3. 99-101).

Aún con Casio muerto a su lado, Bruto no consigue curar sus ojos, no consigue alejarse de su naturaleza y exclama: “romanos, / probaremos fortuna en un segundo/ enfrentamiento antes de la noche” (5.3. 109-10). “Probaremos fortuna”, jamás virtud. Bruto confía en que es él quien pone a prueba a la fortuna, cuando es ella quien lo estuvo persiguiendo todo este tiempo.

Convencidos de que la Fortuna rige sus acciones y sus destinos, los personajes le imploran, suplican, maldicen, difaman y, en última instancia, aceptan que subir a la rueda fue su decisión y voluntad, por lo que deben aceptar la inevitable caída. (Padilla, 2017, p. 20)

Finalmente, luego de fallar en el segundo enfrentamiento, Bruto reconoce la totalidad de su derrota mientras conversa con sus soldados.

Bruto: Venid, pobres restos de mis amigos [...]

Clito: ¿Qué mal requerimiento te ha hecho Bruto?

Dardanio: Que lo matara; mira, está pensando.

Clito: Esta ese noble vaso tan colmado
de pena, que desborda por sus ojos.

Bruto: Ven aquí, buen Volumnio, una palabra.

Volumnio: ¿Que, dice, mi señor?

Bruto: Esto, Volumnio:
el fantasma de César por dos veces
se me ha aparecido por la noche:
una en Sardis, y otra, anoche, aquí,
en nuestro campamento de Filipos.
Sé que ha llegado mi hora.

Volumnio: No es así,
señor mío.

Bruto: No, tengo la certeza,
Volumnio. Ya sé cómo andan las cosas,
el enemigo nos ha derrotado;
nos ha llevado al borde del abismo:
más honroso es saltar nosotros mismos
que demorar a que nos empujen
[...] yo te ruego
sostén la empuñadura de mí espada,
mientras yo me arrojo sobre ella.

Volumnio: Señor, no es tarea para un amigo (5.5.1, 11-29)

Tras pedirle a Estratón, otro hombre de su ejército, que sostenga su espada, Marco Bruto se arroja sobre ella. Estas son sus últimas palabras: “César,/quedaste en paz ahora. No tenía,/al matarte, la mitad del deseo/con que ahora me mato. (*Muere.*)” (5.5. 50-52).

Con ambas muertes ya dadas, podemos concluir que Casio y Bruto, tan aparentemente distintos en materia de virtud y disposición política, acaban por comportarse de la misma manera: ambos se perciben incapaces de superar los designios de la fortuna. En consecuencia, deciden morir antes que saltar a otra rueda: Casio por confiar en Bruto, y este último por ser la única forma de actuar que conoce y porque, quizás, tal y como enuncian sus últimas palabras, nunca haber estado completamente convencido de su crimen y de su empresa política. Algo de esto nos permite vislumbrar Estratón, quien al final confiesa: “Bruto/solo ha sido vencido por sí mismo/y ningún otro hombre ha de llevarse/la gloria de su muerte” (5.5. 56-7).

Luego de la discusión entre Casio y Bruto, que tiene lugar en ese prólogo a la batalla final, el espíritu de César visita a Bruto, en su tienda de campaña, a mitad de la noche; este, ante su presencia, exclama:

Son mis débiles ojos los que, creo,
dan forma a esta instruida aparición.

Se me acerca. ¿Eres alguna cosa?

¿Eres un dios, un ángel o un demonio
que hace helar mi sangre y que me pone
los cabellos de punta? Dí quién eres. (4.3. 274-9)

En este pasaje, Bruto menciona la debilidad de sus ojos. En este caso, para indicar su incapacidad de distinguir lo que tiene delante de sí: el fantasma de César. Sin embargo, esta es la única función de dicho órgano: ver, distinguir, dar cuenta de. De la misma forma en que la única función de Bruto, como uno de los líderes de la conspiración y quién asume el mando luego de la muerte de César, es ser capaz de reconocer el estado de cosas actual y adaptarse a él. Al no poder honrarse a sí mismo, al no poder cumplir con lo único que era esperado de sí, la visita del espectro de César no hace más que enfatizar esta decepción: su arrepentimiento y su falta de decisión, no para asesinar a su amigo, sino para sostener la actitud que hacía falta mantener para que la conspiración prosperara. Así como el ojo de Bruto es incapaz de ver, de cumplir su función, él, en cuanto figura política, no puede cumplir con lo propio de este cargo: ser consistente y coherente con su accionar. Pareciera ser esta la enfermedad que tanto Porcia

como Casio han notado desde el comienzo: Bruto es incapaz de ver incluso aquello que está desenvolviéndose delante de sí. Su enfermedad radica en su visión. Desde la oscuridad, el espectro le contesta: “soy tu espíritu malo” (4.3. 280).

Volvamos por un momento a la escena del Foro. Cuando Bruto se pronuncia ante el pueblo, uno de los ciudadanos enuncia “coronando a Bruto coronaremos lo mejor de César” (3.2. 51-2). Esto no es así en lo absoluto, dada esta enfermedad. Más bien, Bruto parece ser lo peor de César: su necesidad diligente de ser el portador del bien común en Roma es igual de ambiciosa que la codicia desmedida que le reprocha a César y que postula como causa del asesinato; la manera en la que consigue el poder —si es que en algún momento lo tuvo realmente— es igual de tiránica. Todo lo contrario, lo mejor de César es su capacidad para adaptarse a la marea fortuita de la fortuna, cosa que Bruto no logra conseguir ni siquiera en esta batalla final, aun sabiendo que es su última oportunidad para afrontar y traspasar los límites de su propia naturaleza enferma, poco virtuosa; de intentar tomar las riendas de aquella “otra mitad” de la fortuna de la que nos habla Maquiavelo, que, a fin de cuentas, si bien es la única que sí está en sus manos, es la única que siempre se le escapa.

5. Conclusión: tragedia política y tiempo histórico

En *Julio César*, Shakespeare nos presenta personajes y escenas que atraviesan los mismos dilemas que analiza Maquiavelo en *El príncipe*: ¿cómo actuar cuando el orden se reinicia y se reconfigura? ¿Es posible redireccionar el curso de la fortuna, del destino, a nuestro favor? ¿De qué manera? Todas estas podrían traducirse además en la pregunta sobre cómo leer el tiempo histórico, una de las tareas principales para el príncipe o el hombre de acción, en tanto que es aquello que interpela a los virtuosos y los prudentes. Quizás hayan sido estas las preguntas que Bruto no pudo reflexionar por sí mismo, aquellas preguntas que Casio intentó acercarle a este y, sin duda, las preguntas que Antonio tuvo en cuenta a la hora de proceder.

Así, como vimos, Casio y Antonio, uno como amigo y otro como enemigo, tienen la prudencia y la capacidad de considerar en la ecuación lo inestable de los tiempos. Bruto, en cambio, se nos aparece como alguien demasiado sentimental y compasivo, tanto, que lo único que llega a considerar y lo único que reconoce como suyo es el bien público, desatendiendo todo lo demás a su alrededor. Ante esta actitud impetuosa, pierde incluso lo propio: ser el más noble y honrado de toda Roma. Lo fascinante de esta pérdida es que no surge del asesinato de César, sino de los tiempos y los valores políticos y ciudadanos que ahora han cambiado. Esta es

la tragedia de Bruto: defender un honor que ya no existe y el anhelo por rescatar de las cenizas una ciudad y un orden que se desvanecieron justo ante sus ojos.

Al verse despojado del valor de su honor, a Bruto no le queda nada que le pertenezca, ni siquiera el asesinato de César, que podríamos decir le pertenece más a Casio que a él; no logra ver la necesidad de matar a Antonio, consigue contagiar los ojos de Casio, muere solo y sin amigos. En este sentido, resulta oportuno señalar que otro de los problemas que detecta Maquiavelo en los principados es la necesidad de valerse de cosas ajenas: armas ajenas, soldados ajenos, leyes ajenas, etc.

Como todas las otras cosas de la naturaleza que nacen y crecen rápidamente, los estados que surgen de golpe tampoco pueden tener las raíces y sus ramificaciones firmes, de modo que el primer tiempo de adversidades los destruye, cuando aquellos que se han convertido en príncipes [...] no poseen la virtud suficiente para preservar lo que la fortuna les ha confiado (Maquiavelo, 2019, p. 90).

Bruto llega demasiado tarde o demasiado temprano, se empeña tanto en aprovechar cada ocasión que parece presentársele que no logra discernir cuándo estas son meras ilusiones de un tiempo que ya no existe; pretende moldear una materia inadecuada para su forma, falla en ver la verdad efectiva de la cosa, su tarea política es de antaño y su corazón piadoso es inadecuado para la cosa política.

No obstante, quizás haya algo incontenible e irremediable en este vínculo trágico entre la política y la moral, que Bruto encarna desde el primer momento hasta su muerte y que el autor florentino parece detectar y querer describir a partir de los conceptos que desarrollamos.

Maquiavelo quiere dejar atrás la idea de que todas nuestras acciones son conducidas por un designio sobrehumano inexorable —la mano de la Providencia, la voluntad divina— ante el cual solo cabe la resignación, para abrazar en su lugar la idea, mucho más secular y laica, de que en *el mundo mismo* hay algo que siempre, inexorablemente, escapa de nuestros cálculos y de nuestra provisión (Rinesi, 2011, p. 48, énfasis en el original).

Esa necesidad, ese impulso por ordenar ese mundo desordenado, descompuesto, patas para arriba, como escribe Rinesi, propio de la mayoría de los personajes de la tragedia Shakespeariana, parece encarnarse constantemente en el dilema político-moral de Bruto. Es decir, ¿qué tiempo no es inestable? ¿Qué clase príncipe podría actuar tan virtuosamente que pudiera cambiar exactamente de la forma en la que es necesario según el tiempo político, que por lo demás es siempre impredecible? Incluso Casio, quien parece tener una fortaleza y una habilidad para

reconocer la forma más adecuada de proceder en cada ocasión muere por no haber sido, por un solo segundo, igual de prudente y precavido que a lo largo de toda la tragedia.

La Fortuna se convierte así apenas en el nombre que damos al límite de nuestra *virtù* y de nuestra libertad, límite que, por otra parte, solo depende de nosotros mismos [...] el único adversario que el sujeto político tiene que enfrentar es su propia falta de *virtù* (Rinesi, 2011, p. 46).

La fortuna como agente histórico, la *virtù* como adaptación al tiempo y la cosa política como el telón de fondo donde ambos conceptos maquiavelianos se disputan el *lead*, la dirección del accionar de los personajes, nos permiten teorizar sobre la tragedia y la política como un escenario contingente, incontenible, paradójico, a veces inmoral, otras veces demasiado moral, a veces inadecuado, nunca completamente adecuado ni absolutamente equilibrado. Lo político no nos viene ya dado, sino que es siempre un asunto por resolver.

6. Referencias

- Arellano, J. C. (2012). *Entre la virtud y la fortuna. Portales en los ojos de Maquiavelo*. Ediciones Universidad Católica de Temuco.
- Forte Monge, J. M. (2011). Estudio introductorio: Maquiavelo, el arte del Estado. En N. Maquiavelo, *El príncipe* (pp. IX-CXXIX). Gredos.
- Maquiavelo, N. (2019). *El príncipe*. Losada.
- Maquiavelo, N. (2011). *El príncipe* (J. M. Forte Monge, Estudio introd.). Gredos.
- Maquiavelo, N. (2017). De la Fortuna. *Revista De Filosofía*, 14(2), 133–139. <https://doi.org/10.5354/0718-4360.1970.45731>
- Ortega Calvo, P. (2024). *Buenas leyes y buenas armas. Republicanismo, realismo y relaciones internacionales en el pensamiento político de Maquiavelo*. Universidad Rey Juan Carlos.
- Padilla, M. C. (2017-8). Los hombres a veces son dueños de su destino, Bruto. Fortuna, ocasión y *virtù* en Julio César de William Shakespeare. *Anacronismo e Irrupción, Revista de Teoría y Filosofía política Clásica y Moderna*. 7(13), 11–48.
- Rinesi, E. (2011). *Política y tragedia. Hamlet, entre Maquiavelo y Hobbes*. Colihue.
- Shakespeare, W. (2006). Julio César. En *Obras completas: Tragedias I*. (pp. 256-355). Losada.